

**“...no reconociste el momento de mi venida.”** (Lucas 19, 41-44)

Jesús se acerca a Jerusalén y llorando, dice: *“Si al menos tú comprendieras en este día el camino que conduce a la paz.”* ¡Cuánto desconsuelo hay en el Maestro! Sabe que se acerca el final y lamenta profundamente la incapacidad de su pueblo para reconocerle como el Mesías, el Salvador. Jerusalén no supo reconocer *“el momento de su venida.”*

Nos preguntamos: ¿Qué pasó con sus coetáneos? ¿Por qué tantas cegueras? Y la pregunta irremediamente se vuelve sobre nosotros mismos. ¿Qué pasa conmigo? ¿Por qué no soy capaz de reconocer al Señor que viene?

La dinámica personal para responder a estas cuestiones, en el fondo, no es diferente a la de los habitantes de Jerusalén. Tenemos muchas defensas. Para los sacerdotes, levitas, fariseos, escribas... los paradigmas socio-religiosos les impedían reconocerle.

¿Y a mí que me sigue cegando? Soy hijo/a de una cultura signada por el individualismo y la búsqueda insaciable del confort. Eufemísticamente le llamamos “cultura del bienestar”.

Es evidente que se alza como un muro que me impide ver a quienes peregrinan a mi lado y por tanto a ese Dios encarnado que nos interpela en los rostros de quienes nos rodean.

La Hospitalidad nos brinda la preciada epifanía de Dios en la persona que padece. El *“momento de su venida”* se multiplica en cada encuentro, en cada hecho terapéutico o educativo. ¡Cuánto misterio y dignidad en la vivencia del carisma Hospitalario!

Podemos convertirlo en una secuencia de actuaciones profesionalizadas y cuidadosamente protocolizadas, pero estamos llamados a mucho más. Recordemos a nuestro Fundador, exhortando a las primeras Hermanas Hospitalarias a ver en el enfermo al mismo Dios.

Es verdad que no todos los que colaboramos con la misión Hospitalaria comulgamos con esta mirada de fe y que humanizar nuestras propuestas terapéuticas y educativas implica un gran paso, una plataforma ético-humanista que debemos promover y que genera un ámbito común de pertenencia institucional. No menos cierto es que sin la vivencia creyente de la Hospitalidad estaremos perdiendo la fuente primigenia del carisma.

Enseñar a ver a nuestro Salvador en la persona enferma (el enfermo me salva...) es un reto esencial en la vivencia de la Hospitalidad. ¿Lo promovemos y acompañamos suficientemente?

Daniilo Luis Farneda Calgaro

PASTORAL. ATENCIÓN ESPIRITUAL Y RELIGIOSA - COORDINACIÓN PROVINCIAL

